

## XII

### MI CELDA.

**P**OR qué me mandará la santa obediencia describir lo indescriptible? ¿Qué materia de descripción puede ofrecer la celda de una pobre capuchina? ¿A qué hablar de mi estrecha y deliciosa morada? Si ella es mansión del silencio y de la paz, ¿á qué turbar su paz y silencio hablando de ella? Pero la obediencia manda y no hay remedio: ¡la describiré!

Mi celda es un cuadrado de dos metros por lado, con una puerta sin llave y una estrecha ventana que da al patio interior. Por todo ajuar hay en ella una tarima con su manta, un crucifijo en la cabecera, dos estampas en la pared, un pedazo de corcho en el suelo y un clavo para colgar en él la cuerda, la toca ó el velo. Estas piezas son mis galas; el corcho mi asiento, las estampas imágenes de mis dos santos más queridos, la tarima mi lecho regalado y el crucifijo mi Esposo.

Con Él vivo siempre, hablándole continuamente, pidiéndole gracias y misericordias para los que sufren en esta vida, ó expían sus culpas en la otra. Él me dá aquí las horas más tranquilas que ha conocido mi existencia, y los días más hermosos que he tenido en mi vida.

A veces le canto con los serafines cantares amorosos, y á veces lloro con Él las ingratitudes de los hombres. ¡Dulce Esposo mio! ¡tan inocente y tan mal tratado! ¡tan bondadoso y tan perseguido! ¡tan justo y tan calumniado! ¡tan amable y tan aborrecido! ¿Por qué te trata así el mundo demente y malvado?

¡Yo quiero desagraviarte! Aquí en mi celda no tengo flores con que adornarte, ni joyas que ofrecerte, ni aromas y perfumes con que brindarte; pero tengo un corazón para quererte, un corazón que sólo por tí late, y con sus latidos quiero desagraviarte y calmar tu justa indignación.

Yo quiero desenojarte con mis amores y sacrificios: aquí me tienes, amor mio, aquí me tienes día y noche hecha tu esclava, ansiosa de reparar las ingratitudes de mis hermanos los hombres; tú ves mi corazón, tú penetras mis entrañas, tú lees en el fondo de mi alma y sabes que digo verdad.

Pues bien; si esta esposa que por tí vive prisionera de amor tiene derecho á pedirte algo; si puede prometerse algo de tu cariño infinito, te pide el perdón de los pecadores y su pronta conversión; te pide que llenes la tierra de esa luz y ese fuego en que arde tu corazón. ¡Piedad para el mundo malvado! ¡perdón para los pecadores! ¡piedad para los perseguidores de la Religión! Y si alguna vez has de castigarlos, manda á los ángeles de guarda delante del castigo para que salven de él á los pobres é inocentes hijos de los que nos aborrecen y se llaman nuestros enemigos!....

Esta es mi celda y estas son en ella mis ocupaciones: hablar con mi crucifijo y orar por el mundo que nos desprecia sin conocernos y nos aborrece sin motivo.



### XIII

#### MIENTRAS MAITINES.

**N**o puedo ni deseo resistir á la obediencia; quiero mejor darle gusto, á ver si consigo una vez que ella me lo dé á mí... y por dárselo, escribo esto que debiera quedar oculto en el fondo de mi alma.

A las doce de la noche en punto comenzamos el coro, y al empezar el *Venite exultemus Domino*, del oficio Divino, me imagino hallarme ante el trono de la Santísima Trinidad, unida á todos los santos de nuestra Orden, para alabar á Dios trino y uno.

Luego que empieza el primer nocturno, dirijo mi pensamiento á la ciudad ingrata de Jerusalén, donde contemplo en el Cenáculo á mi Divino Salvador que, despojándose de su manto, se levanta las mangas de su túnica, para empezar aquel sagrado Lavatorio: yo le veo arrodillarse á los pies del mismo Judas, y... asombrada, contemplando aquel abismo de humildad, mi alma se acerca á El y le pregunta: ¿Qué haces, vida mía? ¿Has olvidado quién eres? ¿Has olvidado tu grandeza y Divinidad? Y pienso que levanta hacia mí sus hermosos ojos, y me dice: ¿Ves estas manos en las que

el Padre puso todas las cosas? Pues, yo las pongo á los pies de mis criaturas para enseñarte la humildad, para que tú ames los oficios bajos y humildes...

Al segundo nocturno, lo miro en el Cenáculo, sentado á la mesa, rodeado de sus Apóstoles, despidiendo su Divino rostro rayos de infinita luz; y tomando el pan eleva al cielo sus hermosos ojos, lo consagra en sus manos, y después se lo dá á sus Apóstoles, pronunciando aquellas palabras: tomad y comed; este es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros.

Pienso que en mi mismo coro, sucede este prodigio, y no pudiendo contenerme, mi alma se acerca á su Dios y le dice: ¿Qué es esto, Jesús mio? ¿Tan bien te han tratado los hombres? ¿No vas á ser preso dentro de poco? ¡Si! es cierto; (me contesta); pero, te amo tanto! que no puedo separarme de ti; instituyo este Sacramento, para que tú me recibas en tu pecho: para que me visites, para que me desagravies, y para que no ames sobre la tierra otra cosa que este misterio de amor...

Al tercer nocturno, le veo salir del Cenáculo seguido de sus discípulos y dirigirse al huerto de las Olivas, donde les dice: Velad y orad, para que no entreis en tentación: y veo después á la vida mía arrodillarse y dejar caer su hermosa frente sobre el suelo, esclamando: Padre, si posible es, pase de mí este caliz: pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y penetro después en aquél Corazón del cual se apodera la más profunda tristeza; y pareceme escuchar los gemidos que se escapan de su pecho; y perseverando una hora en oración, le ve mi alma dirigirse á sus discípulos, buscando quien le consuele; pero los halla dormidos y les dá esta amorosa queja: ¿Es posible que tan poco amor os deba? ¿Ni una sola hora habéis podido velar conmigo? velad y orad para que no entreis en tentación.

El se vuelve á su oración, donde vé en toda su espantosa fealdad las iniquidades de los hombres, (y entre ellas las mias), toda la inmensidad de los tormentos que le esperan, su afrentosa muerte, el desamparo de su Eterno Padre, las amarguras de su Divina Madre... y á la vista de tanto tormento, un sudor de sangre inunda su rostro, y agonías de muerte siente su alma sacratísima. Entonces le pregunto: ¿Qué tienes, Jesús mio? Y pienso que vuelve hacia mí su rostro pálido, pero hermosísimo, y me dice: Mira los inmensos tormentos que me esperan... y alejándose de mí, vuelve á la oración, se interna más en el Huerto, donde arrodillado, y puestos sus brazos en cruz, exclama: Padre: ¡hágase tu voluntad! ¡Aquí está mi frente, venga la corona de espinas! ¡Aquí están mis manos y mis pies, vengan los clavos! ¡Aquí está mi cuerpo, vengan los azotes y las afrentas! Y con los ojos fijos en la tierra, pareceme ver aquella víctima sagrada, ofreciéndose por todo el mundo; y le digo á mi alma: ¡Oh qué modelo, alma mía! Aprende aquí á conformarte en todo con la voluntad de Dios.

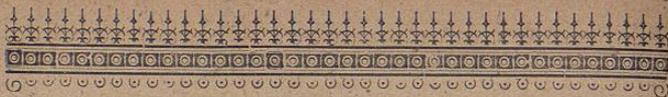
Al *Te Deum* vuelvo á elevar mi pensamiento hacia el trono de la Sma. Trinidad, donde mezclada con los ángeles, uno mis pobres alabanzas á las suyas y á las de todos los santos.

Al empezar el primer salmo de Laudes, contemplo á Jesús en el Huerto, vendido, preso, maniatado, con una soga al cuello de la cual van tirando con alegría satánica y algazara horrible, arrastrándolo y conduciéndolo de tribunal en tribunal, cargado de afrentas, con su hermosa cabeza inclinada sobre su amante pecho, cubierto su rostro de confusión y vergüenza. Yo le voy siguiendo, de Anás á Caifás, y allí me entro con Él en el calabozo donde lo encierran, para acompañarle el resto de la noche, encerrada juntamente con

Él en el calabozo donde lo encierran, para acompañarle el resto de la noche, encerrada juntamente con Él; y entonces arranco la cadena que oprime su Divino cuello y la pongo en el mío (que bien merecida la tengo); y con mis dientes y manos, desato las suyas, atadas y lastimadas por mis culpas, apartándole después aquellos cabellos ensangrentados y llenos de lodo que impedían la vista de sus divinos ojos, y quitándome el velo, limpio su rostro lleno de sudor, de sangre y salivas. Entonces levanta hacia mí sus ojos, habla á mi alma, y en deliciosa conversación me paso con Él la noche.

En prima, tercia, sexta y nona, sigo meditando por el mismo estilo los pasos de su pasión dolorosa, hasta llegar á Completas, hora en que lo dejo en el sepulcro y allí me quedo con Él, diciéndole á mi alma: ¿Quiéres reinar con Jesús? sufre y padece en la tierra como Jesús; ama como Jesús; perdona como Jesús y gozarás con Él por toda la Eternidad.

Obediencia Santa; estás contenta? Quiéres que diga más? No me dejo llevar de tí como la pluma del viento? Pues dame gusto esta vez, y no me hagas decir las consideraciones con que acompaño el rezo de las horas matutinas y vespertinas. Bastante he dicho! Fiat, fiat!



## XIV

### MI DIA DE RETIRO.

**E**STE dia venturoso apenas era conocido antes en mi monasterio, pero desde que á él vino un enviado de Dios, para darnos los santos ejercicios, se practica con mucha fidelidad y con notable aprovechamiento. El nos dijo que si la Virgen Santísima pudiera tener pena en la gloria, la tendria ciertamente de ver abandonado á su divino Hijo en los sagrarios, olvidado de los hombres; y que pues Ella no podía prestarle aquí en la tierra los servicios que le prestó en su vida mortal, nos rogaba de parte de la gran señora, que hiciéramos aquí sus veces y acompañáramos constantemente á Jesús Sacramentado.

También nos demostró que nuestro destino, como religiosas, es ofrecernos víctimas voluntarias, unidas en un mismo sacrificio con la víctima preciosa del Tabernáculo; rodear su prisión de amores como palomas enamoradas y con gemidos y arrullos amorosos consolar dia y noche el Corazón divino, haciéndole compañía en su triste soledad.

Como el número de mis hermanas es igual al de los dias que traen los meses más largos, se determinó que en cada dia del mes estuviera una monja exclusi-

vamente dedicada á la adoración del Santísimo Sacramento, á dar la guardia de honor á la Majestad escondida en el Sagrario, á cumplir el grato deber de víctima voluntaria, y hacer las veces de la Inmaculada cerca de su divino Hijo Sacramentado; y este dia delicioso es el que llamamos dia de santo retiro.

La monja que ha estado retirada durante el dia, antes que se toque de noche á silencio, lleva á la celda de la que vá á entrar de retiro un Crucifijo grande, un libro, y un cartelito que cuelga en la puerta de la celda, para que la Religiosa al entrar ó salir de ella lea estas palabras escritas con gruesos caracteres:

#### DIA DE RETIRO.

Aprovéchate de este dia!  
Dios, alma y eternidad!  
Mortificación continua!  
Soledad completa!  
Mucha oración!  
Amor y sacrificio!  
Silencio rigoroso! etc., etc.

Guardando, pues, un rígido silencio y abstraída la religiosa de toda ocupación que la impida hacer bien el oficio de paloma enamorada alrededor del Tabernáculo, pasa el dia en el coro, ó en la tribuna, acompañando al Prisionero divino, desagraviándole del olvido en que lo tienen las criaturas, llorando las ingratitudes de los hombres, y pidiendo á los serafines sus ímpetus de amoroso fuego, para amar con delirio al que llegó por nosotros hasta la locura de la cruz y al anonadamiento de la Eucaristía.

Cuando á mí me toca este dia que es una vez al mes, como llevo dicho, invito á las criaturas todas para que alaben conmigo á nuestro Criador, Autor de to-

do el universo; y recito en primer lugar el himno del profeta: *Venite exultemus Domino.*

Venid, venid y alabemos  
Al Señor, llenos de gozo,  
Loemos con alborozo  
A Dios nuestro Salvador.  
Lleguemos á su presencia,  
Su grandeza confesando,  
Salmos alegres cantando  
En su alabanza y honor. etc.

. . . . .

Algunas horas del día las empleo en oración devota, meditando la pasión de Cristo, ó los beneficios divinos; me examino detenidamente en la presencia de Dios para ver mi adelantamiento ó mi atraso en el mes transcurrido, y estimularme así al cumplimiento de mis deberes; y este acto lo termino siempre con el ejercicio de la muerte, que viene á ser un ensayo, una representación viva de lo que he de hacer y me ha de pasar, el día en que mi alma se aparte de mi cuerpo, y se despidá de todo lo visible para comparecer en la presencia de su Dios.

Pero mi ocupación favorita en este día es hablar en silencio con el Esposo de mi alma, darle quejas amorosas y decirle muchas veces con San Juan de la Cruz:

¿Por qué, pues, has llagado  
Aqueste corazón, no le sanaste?  
Y, pues, me lo has robado,  
¿Por qué así lo dejaste  
Y no tomas el robo que robaste?  
Descubre tu presencia  
Y máteme tu vista y tu hermosura,  
Mira que la dolencia  
De amor no bien se cura,  
Sino con la presencia y la figura.

Y si por ventura en estos coloquios se siente el alma herida de amor divino, no tiene más remedio que, fastidiada de las criaturas y de todo lo visible, exclamar con el bendito santo carmelitano:

¡Ay! ¿quién podrá sanarme?...  
¡Acaba de entregarte ya de vero!...  
No quieras enñiarme  
De hoy más mensajero  
Que no saben decirme lo que quiero.

Esta es mi ocupación favorita en el día de santo retiro, día que nunca termino sin elevar al Cielo ardientes plegarias por la prosperidad de la Iglesia y su Cabeza visible, por nuestra pobre España, por mi buen Prelado diocesano, por mi seráfica Orden, por los pecadores, y por todas las necesidades que el Señor trae á mi memoria para que pida por ellas.



## XV

### MI OFICINA PREDILECTA.

**T**ú lo sabes cuál es, Jesús mio, ¡tú sabes cuál es mi oficina predilecta! y sabes también lo que me cuesta decirlo y revelar este secreto oculto en mi corazón ha ya muchos años. ¡Oh santa obediencia, y qué dura eres esta vez conmigo, conmigo que tanto te quiero y tan fiel deseo serte!

He sabido que en otros conventos, cuando se mudan los oficios y ocupaciones de las religiosas, suele haber turbaciones é inquietudes; en éste, gracias á Dios, no las he notado hasta la hora presente, porque mi buena Maestra nos crió con indiferencia santa para todos los empleos, oficios y ocupaciones en que quisiera ejercitarnos la obediencia.

Aquí miramos en común á Dios como á Padre amantísimo, como á rey celestial; y á nosotras mismas como hermanas, hijas y siervas de ese Rey divino, á quien servir es reinar. Sabemos que á nuestro Dios, Padre y Rey no se le sirve sino cumpliendo su voluntad santísima manifestada por la obediencia; que cum-

plir esa voluntad divina es ser reinas, y cumplir la nuestra ser esclavas con la más tiránica y vergonzosa de las esclavitudes; y esa esclavitud la tenemos por cosa indigna de las hijas de tan gran Rey.

Por esto ninguna muestra más inclinación á un empleo que á otro; ni pretende esta oficina más que aquella, porque no quieren servirse á sí mismas, sino á Dios; sabiendo que, si por su gusto y voluntad, por pedirlo ó pretenderlo le dan un empleo, en él se sirven á sí propias, no á nuestro Padre celestial; y por lo tanto no merecen premio ni paga por sus servicios sino castigo y desprecio por tener usurpado el puesto que el Rey eterno tenía destinado para otra de sus hijas.

Eso, no obstante (confieso mi culpa y mi falta de virtud), yo siempre he sentido predilección por una oficina, siempre he deseado en mi corazón el cargo de sacristana, y siempre ha sido la Sacristía mi oficina predilecta. ¡Qué ratos de cielo he pasado en ella! ¡Cuán contenta me pongo cuando allí entro! En aquel hermoso y solitario recinto perfumado siempre con el aroma del incienso hay objetos muy venerandos que han visto desfilarse ante sí muchas generaciones de almas fervorosas. Al entrar en él me creo siempre trasladada á otra región más alta ó en actitud de poderme comunicar más fácilmente con los seres invisibles. Es tanto lo que habla á mi alma su misteriosa soledad, y tanto lo que me atrae, que muchas veces me encuentro en ella, sin saber cuándo ni por dónde entré, cual si allí hubiera ido dormida, y después de algún tiempo me hubiera despertado.

De las tres ó cuatro épocas de aridez que he tenido en mi vida religiosa, ninguna ha sido estando ocupada en la Sacristía; y creo que ninguna sequedad, por grande que sea, resistiría á un día de santo recogimiento pasado en ella, porque su ambiente tiene un

influjo sobre mi corazón, que lo entenece y eleva. Por eso la Sacristía es mi oficina predilecta.

¿Y cómo no, si ella es como el tocador y el tálamo de mi Esposo divino? ¡Ay, Jesús de mi alma!, en todas partes he podido considerarte como Dios, como Padre, como Rey, como Salvador.... pero en la Sacristía no puedo considerarte más que como esposo amante de las almas.

¡Cuántas veces al preparar las formas para la comunión he llorado, pensando que era el traje bajo el cual ibas á entrar disfrazado en mi corazón! ¡Cuántas veces he besado arrodillada el caliz donde se había ofrecido al eterno Padre tu sangre preciosa de más valor que millones de mundos? Cuántas veces cogía la llave del Tabernáculo, me la colgaba al cuello y me iba á la reja que da á tu Sagrario para entretenerme contigo, diciéndote que te tenía encerrado y que no te podías escapar?

¡Cuántas veces, yo solita, desdoblaba el corporal que había servido en la misa, y posando en él mis labios y con ellos mi corazón decía: Aquí estuvo esta mañana! Este lienzo envolvió su cuerpo sacratísimo! ¡Cuántas veces me quedaba como tonta, contemplando los ornamentos sagrados, los ramos de flores, todo lo que servía para el culto divino, y volvía en mí exclamando: ¿Estas son las galas de mi Esposo Sacramentado?

¿Y por qué no decirlo todo, si la obediencia lo ordena? Vez hubo en que el mucho trabajo me fatigaba el cuerpo y me inquietaba el alma; y entonces me iba al sagrario y le decía: Amor mio, ¿lo ves? inquieta y fatigada estoy, y sé que la inquietud no te es agradable; quitámela, pues, que yo no me voy de aquí hasta estar tranquila y fortalecida para el trabajo. No te disgustes, Bien mio, porque te hablo con libertad.

Pero si quieres en tu altar el mantel rizado me has de dar fuerzas y quietud para rizarlo: y si no, te lo plan-to como está.... ¿Me perdonas este atrevimiento? Y como si oyera, no su voz de perdón, sino su risa de complacencia, salía yo también riendo y me escapaba presurosa á continuar mi trabajo, el cual me encontraba hecho con suma facilidad.

No trabaja con tanto placer la madre al pie de la cuna donde duerme su pequeñuelo, cosiendo la ropita que le ha de poner, como yo trabajaba en la Sacristía cosiendo la ropa que sirve en los altares de mi Amor Sacramentado. No borda con tanto amor la joven prometida el primer regalo que ha de hacer á su esposo, como yo bordo, lavo y coso los purificadores y corporales, hallando en esta ocupación delicias inefables que la lengua no acierta á expresar. Por eso la Sacristía es mi oficina predilecta.

La primera vez que, después de tres años de cielo, me sacaron de ella, me eché á llorar como una niña á quien quitan su juguete más querido; como una esposa que perdiera de repente al fiel compañero de su vida. ¡Oh cuánto lloré! Me vinieron á la memoria en tropel todas mis faltas, todas las negligencias en el desempeño de aquel oficio, y creí que mi Amado me alejaba de sí, por lo mal que le había servido; que me retiraba de su cámara en justo castigo de mis ingraticudes. ¿Por qué me echas de aquí? (le decía): Por qué me apartas de tí? No me despidas, Amor mio! déjame aquí otro trienio y verás con que fidelidad te serviré! Es posible que me arrojes de tu lado? Bien merecido lo tengo; pero . . . . .

Nada, Dios mio, nada! no me quiero quejar! soy culpable y acepto el castigo; de tu mano lo recibo todo. Otra vendrá á servirte en este lugar: y yo te serviré donde tú quieras, donde la obediencia me mande; allí

procuraré serte más fiel que aquí, para que tú, de mi compadecido, me vuelvas algún día cerca de ti. Lo harás, Jesús mio?... y así me despedí de Él, y de aquel sitio que no en balde he llamado tocador y tálamo de Jesús Sacramentado.

Lo mismo hago en los demás sitios ó empleos que me da la obediencia, y lo mismo sé que hacen mis hermanas y compañeras: pero yo hago esto de un modo especial en la sacristía, porque no en vano es ella *mi oficina predilecta*.



## XVI

## MI ESCUELA DE PERFECCIÓN.

No hay lugar en mi convento que no me hable al alma y tenga para mí sublimes enseñanzas; pero mi clase favorita, mi escuela más frecuentada es el panteón y cripta en que están sepultadas mis hermanas.

Cuando entro allí á rezar el oficio de difuntos por mis queridas muertas, entiendo, sin saber cómo, los gemidos del Salmista y los lamentos de Job que el oficio encierra; lamentos y gemidos cuyo eco repiten las huecas tumbas ó los restos que ellas guardan: *Dies mei transierunt...!*

“Mis dias se deslizaron rápidamente... Mis vanos pensamientos se disiparon como el humo... se desvanecieron mis locas esperanzas... y sólo me queda el sepulcro! Avanzan mis años... se agotan mis fuerzas... ando un camino por el cual no he de volver... huyo como una sombra... pararé en la tumba, donde hay mansión preparada para todo viviente... el sepulcro será mi padre, la podredumbre mi madre, y los gusanos mis hermanos..”

¡Qué lección para la soberbia humana! ¡Qué deses-